

Ciertos caracteres, como la luz á través del prisma, se descomponen á través de las cartas y revelan cualidades que permanecían ocultas enteramente en la práctica de la vida ordinaria: algunos se os reflejan íntegros, pero como imágenes en un espejo cóncavo, abultados; se desvian ligeramente como líneas oblicuas á través del agua.

Ningun conocimiento que se tenga de un amigo se puede estimar completo hasta que se le haya sometido á la prueba de una carta.

*
* *

Hay, por ejemplo, personas ordinarias, vulgares en sus maneras y aparentemente tambien de alma, las cuales en sus conversaciones no se elevan nunca un palmo de la tierra, y que parecen incapaces de un sentimiento noble. Pues bien; la primera carta que os escriben os produce una gran admiracion, os parece escrita por otro. Comenzando por la letra, fina y elegante, sus cartas son totalmente diversas de sus apariencias: os encontrais los sentimientos más delicados expresados con las más delicadas palabras, un afecto ardiente, un perfume de poesía, una gracia en la forma que os revelan un corazon, una inteligencia y una cultura, que estábais muy lejos de sospechar.

Son así. Son personas que se avergüenzan de expresar ciertos sentimientos de palabra, en presencia del amigo, porque les parece que la expresion de ciertos sentimientos no está en consonancia con sus caracteres físicos; una especie de pudor salvaje los

tiene encerrados dentro de sí mismos. No se revelan más que en las cartas; no dan forma exterior á su afecto, sino para arrojarlo por el buzón del correo.

Después que han roto así el hielo con la pluma, creéis al volverlos á ver que los habeis de encontrar cambiados de maneras, y están más vulgares que al principio, para haceros entender que no quieren que abuseis de las expansiones epistolares para violentar su naturaleza. No son aptos más que para el comercio de la amistad escrita. Nada os liga á ellos más íntimamente que la ausencia.

*
* *

Otros presentan una contradicción semejante, pero en sentido opuesto.

Vivos por naturaleza, alegres, grandes habladores, con el corazón abierto, pierden, escribiendo, todas estas cualidades.

La pluma es como un "cuerpo aislador" que tiene la electricidad de su alma, no dejándola comunicarse en lo más mínimo al papel.

Parece que, escribiendo, tienen siempre en la mente aquella famosa frase: "Con tres renglones manuscritos de un hombre se le puede mandar á presidio."

Tienen un concepto tan grande y terrible de las cartas, les turba de tal modo la idea de que un período de sus escritos haya de ser visto por un tercero; el temor de dejar escapar una palabra imprudente, ó un despropósito gramatical, ó una falta de ortografía, ponen en tales angustias su amor propio, escriben con tantos miramientos, con tantos

escrúpulos y con tantas reservas, que sus cartas acaban por no decir absolutamente nada: son pequeños modelos epistolares con algunas raspaduras cuidadosamente disimuladas, fríos, rígidos, intachables en todos sentidos, respecto al número de renglones, con la firma en el sitio correspondiente, viéndose á través de la carta el borrador que ha servido de modelo y no es la expresion ni la manifestacion de la naturaleza del hombre que conocéis.

Os encolerizáis, romperíais la carta como si os dijese una impertinencia.

No es solamente en este caso: tambien cuando estais afligidos sinceramente de alguna desgracia vuestra, os escribirán una carta de pésame, amanerada y estudiada en igual forma.

Es preciso verlos y oírlos, lo más frecuentemente posible, para que no nos irriteemos.

*
* *

Algunos, por regla general ignorantes é ingénuos, se hacen retóricos al escribir.

En la vida comun son gentes vulgares, sencillísimas de maneras y de lenguaje, incapaces de introducir en su conversacion una frase poética, ni aun por equivocacion; y en las cartas usan una dición tan ampulosa y tan falsa, desenvuelven sus conceptos con tantos circunloquios de palabras difíciles, tanto sentido figurado, que leyendo por primera vez una carta suya, nos quedamos atónitos, inciertos, sin saber si han escrito en serio ó han querido hacer una bufonada.

Son muy capaces de anunciar la muerte de su madre con la inexorable parca, con el ángel de la desgracia ó la mano despiadada del destino. Os dicen con un largo período hinchado que "vuestro recuerdo estará siempre vivo en su corazón."

Os dan "tan más sentidas acciones de gracias."

Desenvuelven con gran trabajo la semejanza del

torrente y de la nave combatida por las olas, para contaros ciertos pequeños disgustos de familia.

Llaman á la casa "el santuario de las paredes domésticas" y á un resfriado "una ligera indisposicion."

Lo singular es que no tienen la menor pretension literaria; escriben así, porque creen que así debe escribirse; todo lo peor que conservan de sus peores lecturas, se les ocurre al escribir; y enturbia, ensucia y corrompe en su origen todos sus pensamientos y sus sentimientos todos.

Teneis gusto en responderle de la misma forma, buscando la armonía con su estilo y aun burlándose benévolutamente; no lo comprenden y se esfuerzan aun en hinchar más la frase.

Y seréis muy torpes si bajo aquel éxtasis retórico no conoceis la sinceridad de su carácter, como se adivina á veces un hermoso cuerpo bien formado bajo los vistosos vestidos de una campesina en día de fiesta.

*
*
*

Otros podrían llamarse "los desvergonzados de las cartas" respetuosos y corteses cara á cara, pierden todo sentimiento de galantería al coger la pluma.

Tienen un particular concepto de la carta, la cual, segun ellos, es el sitio natural de las inconveniencias.

Creen que en las cartas se puede decir todo y todo se puede tolerar, como las conversaciones entre amigos borrachos en una orgía.

Bajo su pluma, el chiste agudo se cambia en burla sangrienta, la alusion punzante se trasforma en grosera injuria.

Los más de estos son naturalezas acres y tímidas á ese tiempo que se desquitan de aquel modo, á distancia de muchas pequeñas humillaciones, que deben sufrir con los amigos presentes, contra los cuales no se atreven á revolverse por miedo de salir peor librados.

Por cualquier cosa os escriben un cartapacio en el cual parece que han perdido el más elemental conocimiento del valor de las palabras.

Es como una necesidad que sienten en la sangre, de dar desahogo á la bilis acumulada en las discusiones verbales, en las cuales se ven obligados á tascar el freno.

Se les oye decir á menudo, con complacencia:— Hoy he escrito un cúmulo de insolencias á Fulano de Tal.

Si respondeis amenazando se callan; si escribís con un digno resentimiento redoblan la dósis.

Despues se os presentará con su semblante natural, tendiéndoo la mano, como si no hubiese ocurrido nada; llaman á sus cartas "cartas vivaces" como la gente airada llama "actos de vivacidad" á los palos.

*
* *

Hay personas quisquillosas, pero que tienen esta debilidad solamente escribiendo.

Son séres originales, desconfían de la palabra escrita; de la palabra de otros, se supone.

En las cartas de los amigos no admiten el chiste, á la chanza más inocente arrugan el entrecejo, en cada frase sospechan una segunda intencion, ven por todas partes alusiones de una profundidad misteriosa; se deslizan sobre puntos que no dicen nada, como sobre un geroglífico que esconde un enorme significado.

Pertenecen á aquella clase de suscritores de periódico que se incomodan y piden explicaciones por carta al director cuando reciben su número con una cruz encarnada sobre la faja, hecha para comodidad del reparto.

A cada momento os piden una aclaracion lamentándose.

—Hay una frase en tu carta, que no sé como in-

interpretar... —Me ha parecido notar un cierto resentimiento... —He notado una palabra que haría sospechar...

Si tardais un día en contestar á una carta suya, os vuelven á escribir en seguida:—No sabiendo como interpretar tu silencio...

Si respondeis con tres páginas en vez de cuatro es signo de frialdad; si escribís mal es descuido; si sois secos es soberbia; si sois muy afectuosos es ironía.

Muestran un sentimiento delicadísimo en todos los matices de los epítetos del encabezamiento y del sobre, tienen una fórmula dada para la despedida tradicional en la familia, y antes de contestaros hacen leer vuestra carta á un amigo, observando la expresión de su semblante.

*
* *

En las primeras cartas de otros amigos, haceis descubrimientos que os admiran: despues de haberlos tratado muchos años sin haberles oido jamás una palabra que os pudiera hacer nacer aquella sospecha, descubríis que tiene cierto fondo de vanidad literaria, nacido y crecido secretamente, viniendo la fuerza compresiva de una profecía y de un modo de ser de vida muy lejana de toda relacion con la literatura.

En familia, gozan de la reputacion de buenos estilistas, y sus cartas, sin vosotros saberlo, han sido causa de admiracion en el pequeño círculo de sus parientes. Pero por lo regular no es un descubrimiento agradable.

Su conversacion, era chispeante y acalorada: sus cartas son retocadas, relamidas y perfiladas, llenas de frases escogidas, que tienen el aire de falsos giros, de juegos de palabras colgados aquí y allí como sarcillos, con períodos que parecen pasos de minué.

Os piden perdon, á pesar de esto; han escrito precipitadamente; sabe Dios qué errores han dejado correr. ¡Pobrecillos, Vosotros respondeis:

— "Querido amigo: tu carta es una joya."

Y entonces vienen otras más floridas, más afectadas, más atildadas y escritas con más coquetería. Algunas veces tambien decaen: la carta está sostenida y delicada hasta la mitad; pero la han debido interrumpir, y despues concluye á la ligera; y así en la última página, caracteres, estilo, lengua, ortografía, todo decae y se acaba de cualquier modo, como una mujer elegante que de pronto se despoja de sus galas.

Pueden ser obras maestras, de correccion lingüística, pero son cartas que no sirven para nada y que os hacen el retrato del amigo de piés á cabeza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UTNA
"ALFONSO" 10-123
Apto. 1625 MONTARNEY, MEXICO

*
*
*

Hay amigos á los cuales desagradan las palabras vulgares, incultas y verdes, llenas de vida y francas como nacidas del alma, los cuales tienen inspiracion natural, el don, por decirlo así, de las cartas, como otros tienen aptitudes para referir hechos, ó para la imitacion de gestos y de voces.

En una hora de inspiracion, os escriben cartas interminables de un tiron que parecen improvisaciones oratorias taquigrafiadas y que os obligan á leerlas de una vez como una enorme estrofa en la que esté suspenso el sentido hasta el último verso; cartas que os hacen oír la voz del amigo y ver su cara y los movimientos de su boca y de sus manos, llenos de imperfecciones gramaticales y de ingenuidades, de períodos sin pié ni cabeza, de paréntesis interminables que nunca se acaban, de admiraciones, sembradas al acaso, de frases tres veces subrayadas, de palabras francesas y de palabrotas, de salidas de tono y de repeticiones ridículas, pero impetuosas, persua-

31041

sivas, conmovedoras, y por añadidura garabateadas en zic-zac, con los márgenes llenos, con cuatro post-datas, con una página suelta dentro, con una mancha de tinta en la firma, con las páginas equivocadas y con una quemadura de cigarro en el sobre; cartas frescas y paípitantes que en medio de otras muchas que recibió, llenas de afectación y de doblez, os hacen el efecto de un buen vaso de vino fino de la tierra bebido entre coñimientos y drogas en una penosa convalecencia.

*
* *

Es también un tipo de corresponsal epistolar el buen comerciante, ó empleado, ó labrador, para el cual, las ocasiones en que debe escribir son las únicas que se le presenten en la vida para ejercitar sus facultades intelectuales más elevadas que están enmudecidas por la falta de uso.

Escribir una carta literaria de invención, como él quizá lo llama, es para él un asunto de mucha importancia.

Aquella noche entra en casa más temprano, recomienda el silencio á los niños y se recoge. Escribiendo experimenta una satisfacción que crece poco á poco; se admira no poco de ciertas ideas que se le ocurren de repente y de ciertas frases que acuden con facilidad; comprende vagamente la naturaleza y las emociones del trabajo artístico; le parece en aquel momento descubrir en sí barruntos de ingenio literario, facultades embrionarias de escritor que, educadas, no habrían acaso dado mal resultado; y sienten com-

placencia y una ligera excitacion de su fantasía, en ciertas palabras extraordinarias, en ciertas pequeñas audacias de estilo, improvisadas é ingénuas, inspiradas por Prudhon.

Antes de echar la carta, la lee á su mujer; y despues de haberla echado, tiene curiosidad por saber que direis de ella, y una hora despues, concluida la excitacion, no piensa más en ella.

Sus cartas son, por lo general, tranquilas; con un ligero colorido de sentimiento poético, y aquí y allí alguna tentativa de agudeza; tienen un preámbulo demasiado largo con relacion al cuerpo de la carta, y es claro que busca la originalidad del contenido.

*
* *

Hay tambien el amigo bueno por naturaleza y que os quiere bien; pero que, escribiéndoos, os engaña constantemente y se engaña él mismo.

Tiene la imaginacion viva, temperamento excitable, pluma fácil; escribiendo una carta, se exalta por grados como componiendo una oda; en los primeros renglones, os expresa una benevolencia tranquila; en la segunda página un afecto vivísimo; en la tercera, evoca mil memorias queridas, vuestra imágen se engrandece y se ilumina, su corazon se hincha, su estilo se inquieta, su amistad llega á ser cariño de hermano, devocion, entusiasmo; en los últimos renglones, os adora y se le caen las lágrimas.

Pero, ¿por qué? ¿con qué motivo? No lo comprendeis; no lo sabe él; se ha puesto á escribir la carta por entretener una hora, por pasar el rato: la imaginacion le ha llevado la mano y el sentimiento lo ha levantado por los aires.

Y en aquel momento es sincero; llora á lágrima viva y se os echaría al cuello si estuviérais delante.

Doblais la carta con el corazon conmovido, y le escribís las cuatro carillas que os reclama, llenas de gratitud y de cariño, imaginandoos con placer la alegría que él experimentará al recibirla.

Mas ¡ay! Vuestras cuatro carillas le sorprenden escribiendo á otro la misma carta que antes os escribió á vosotros: la lee al descuido y no os contesta en un año.

*
* *

¡Qué importancia acaba por darse á las cartas de los amigos, con el tiempo, cuando se ha aprendido, por nosotros mismos y por otros, á adivinar los secretos del corazon humano!

¡Qué miseria de secretos!

Declaraciones de afecto, alabanzas echadas á montones, sin conciencia, para despertar una gratitud, que será útil un día; cartas llenas de ternura, escritas así, no por impulsos del corazon, sino porque empezadas por casualidad en aquel tono, se quisieron llevar hasta el fin sin decaer, y se miente por buscar la armonía; cartas en las que se siente una emocion triste ó agradable, producida en nosotros por otra causa, dándole el colorido de exaltacion de cariño por un amigo, el cual nos sirve de comodín para nuestras pasiones; cartas llenas de entusiasmo que parece brotar del fondo del alma y procede de una botella de vino añejo, que extiende su sombra sobre el papel en que se escribe; ofre-

cimientos generosos de servicios y de sacrificios que se hacen de pronto, á la mitad de la segunda página, porque en aquel momento pasa una banda de música bajo vuestras ventanas; frases que hacen dar un vuelco al corazón del que las lee y que fueron interrumpidas á la mitad, por el que las escribió, para encender el cigarro ó para reírse con un amigo; renglones oscilantes, escritos con un temblor voluntario ó de la mano, para figurar una gran agitación del ánimo; manchas de lágrimas, hechas con el dedo mojado en agua; tachaduras hipócritas, hechas para hacer leer las palabras, demostrando no haber tenido el valor de escribirlas allí; ficciones y bribonadas de toda suerte, que hacen nacer mil ilusiones, á las cuales siguen mil desengaños.

*
* * *

Algunas veces tenemos pruebas curiosísimas de cuán peligroso es juzgar á las gentes por sus cartas. Después de una correspondencia de años y de años que corrió como agua clara y tranquila, sin un disenso de pareceres y sin una palabra áspera, haciendo nacer una amistad feliz, nos encontramos con el amigo, que no habíamos jamás visto.

¡Qué gran placer! Teníamos un Pflades con el que podíamos vivir en aquella armonía imperturbable que es el ideal de todos.

Corríamos á su encuentro con impaciencia.

¡Pobres de nosotros, qué desengaño!

Después de pocos días, todo ha concluido. El amigo tiene otra cara, otra voz, otra sonrisa, otra manera de hablar, de mirar, de tratar, de vivir, de la que habíamos imaginado.

Pasados los primeros días, en los que no hacíamos más que prolongar á voces el dúo epistolar que nos suena todavía en los oídos, las dificultades y las